

VIVIR TOLEDO

Viajar en el siglo XVI no era fácil. Caminos tortuosos, peligrosos y siempre llevando consigo las provisiones al no ofrecerlas los hospedajes

Las ventas toledanas en 1576

RAFAEL DEL CERRO MALAGÓN

Las comunicaciones españolas en la Edad Moderna no eran esencialmente distintas de los “tiempos de Augusto”. Así lo afirma el historiador Domínguez Ortiz (1973) al indicar que aún persistían vastos espacios vacíos y una escasa red caminera en la Península. Los montes y sierras toledanas eran algunos de ellos. Al mal estado de las vías se añadía el vadear los cauces de agua más el pago de tasas (*barcajes, pontazgos o portazgos*) que encarecían los portes. La orografía y la climatología excusaban una usual movilidad y, a los más privilegiados, el placer de viajar. En cambio, las clases inferiores practicaban un obligado nomadismo, a pie o en caballerías, caso de los comerciantes, arrieros, postillones, buscavidas, pastores trashumantes o devotos peregrinos. Además, los viajeros temían los asaltos de golfinos y los frecuentes engaños de taimados posaderos, factores muy presentes hasta el siglo XIX.

Las ventas eran uno de los hospedajes más modestos en los caminos, en medio del campo, cercanas a algún pozo o fuente. En 1491 los Reyes Católicos prohibirían abrirse en parajes despoblados para eludir así la fiscalidad de la Corona. En el caso de ciertas ciudades como Toledo eximieron de pagar alcabalas sobre las vituallas dispensadas a los viajeros. Esta exención no alcanzaba a las ventas situadas a menos de media legua “de cualquier lugar poblado” para no dañar al comercio local. Muchas ventas eran míseros enclaves frente a paradores más completos, a menudo vallados, con un patio y diversas estancias. Así, ajena a la vivienda del hospedero, la cocina era el núcleo de reunión en torno al fuego. No solía haber aposentos para dormir, la clien-

tela más humilde lo hacía en el suelo de cualquier rincón. Existían cuadras para las caballerías, piezas para guardar mercancías, empleando los corrales como evacuatorio habitual según reflejó un viajero veneciano (s. XVII) citado por García Mercadal (1959).

Mala fama y alcabalas

Las ventas eran esenciales en los cruces o a mitad de largas y despobladas etapas. En la provincia toledana los topónimos de tres localidades revelan tales causas. Las Ventas con Peña Aguilera surgieron en el paso entre las dehesas de la cuenca del Tajo y las del Guadiana. Las Ventas de Retamosa nacieron en medio del vacío espacio entre Camarena y Casarrubios del Monte. Por último, Las Ventas de San Julián fue un núcleo junto a vías pecuarias hacia Gredos. Sin embargo, en el XVI, muchos pueblos carecían de ventas en sus términos, salvo los situados en los caminos desde Madrid por la Sagra, o bien hacia La Mancha (Ocaña) y las tierras extremeñas, como era Talavera con nueve establecimientos.

En 1561, alrededor de Toledo (ca. 50.000 habitantes) había algo más de

medio centenar de ventas en las ocho salidas que enlazaban con los cuatro puntos cardinales, lo que corroboraba su definición como «ciudad de industria y acarreo». Las *Ordenanzas*, recopiladas en 1562, citaban las malas conductas en aquellos locales, donde se oían «muchas ofensas a Dios nuestro Señor», se acogía a «hombres y mujeres de mal vivir» jugándose «sus haciendas» y se vendían pertrechos a «holgazanes y vagabundos» en lugar de proveer a los caminantes. Se advertía a las ventas abiertas en el radio de media legua de no vender «ningún género de mantenimiento», solamente pan y vino, ni tampoco de dar comidas, aunque el viajero llevase los productos de fuera. Las infracciones podían suponer el cierre del local y el destierro del ventero por dos meses.

El título 141 de las referidas *Ordenanzas* detallaba los puntos iniciales de las exenciones de alcabalas. En el camino hacia Andalucía por Burguillos se aplicaban, pasado Cerro Cortado, desde «la venta de Santa Ana en adelante». En dirección a La Mancha, el límite era la venta de los Tejares, poco antes de la finca La Alberquilla. En el camino de Madrid la licencia empezaba en la venta de Blas Camacho, antes del desvío a Bargas. La de Lázaro Buey, cerca del azud de Buenavista, marcaba el límite en el camino a Ávila. Finalmente, en la subida hacia Argés y Polán, casi en la cota del Cerro de los Palos, la venta de Garrido fijaba la media legua fiscal.

Una legua a la redonda

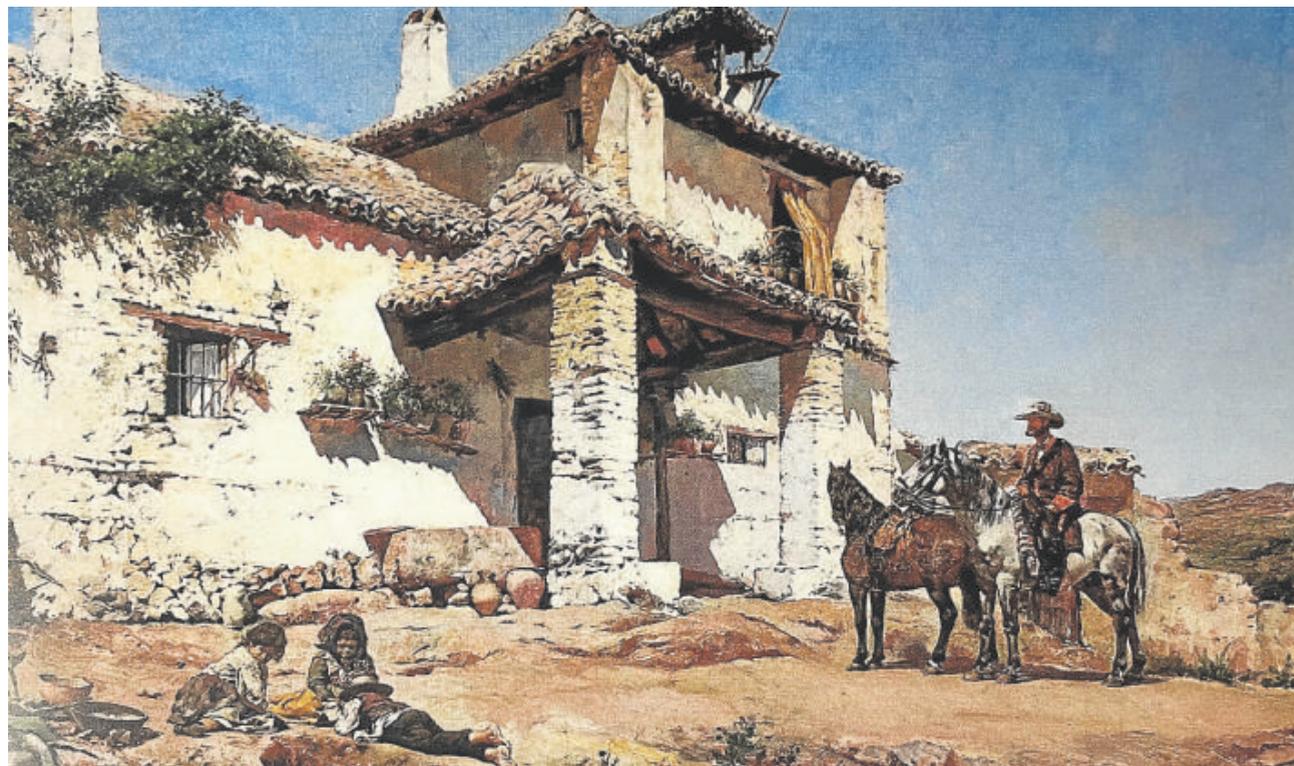
El *Memorial de algunas cosas notables que tiene la Imperial Ciudad de Toledo*, dirigido a Felipe II por Luis Hurtado (1576), relaciona las 52 ventas repartidas en el radio de una legua. Desde la puerta de Bisagra hacia Madrid había una docena. Las más cercanas eran las de San Eugenio y San Antón, junto al crucero de la actual calle Marqués de Mendigorría; la más alejada, la del Pozo de Olías, en los ahora pinares del Cami-

no Alto. Desde el paraje del Salto de Caballo, en el desvío hacia Aranjuez, se sucedían cuatro ventorros, el primero La Beata y el último el del Moral en Azucaica. Desde el puente de Alcántara, por el paseo de la Rosa, camino de La Mancha, se sucedían ochos ventas. La primera, la de Resino; otras eran las de Ana de Oliva, la de Moreno, la ya citada de los Tejares, siendo la última la de Calabazas, en la actual calle Jarama que, en 1959, sería el eje del Polígono Industrial. La subida al castillo de San Servando seguía la calzada romana hacia Andalucía que, en 1576, reunía a cuatro ventas desde la ya mencionada de Santa Ana a la de Pedrero, poco antes de Burguillos.

La salida desde el Cambrón hacia Valladolid atravesaba la Vega Baja, citándose once ventas. Al pie de la ciudad estaba la de Herrera, “donde corren los caballos”, es decir junto al circo romano. Continuaban las de Diego Hernández, Arellano (en San Pedro el Verde), Parra y la de Lázaro Buey, ésta en la presa de Buenavista. De frente, por las cuestas hacia el Guadarrama, aparecían seis ventorros más, el último llamado de Moyano. Sin embargo, por la orilla derecha del Tajo, hacia Albarreal y Talavera, quedaban las de Cañarejos y Estiviel, topónimo que aún pervive. Desde el puente de San Martín a San Bernardo, estaban las ventas de Solanilla, dos del racionero Salas y las de Alonso Hernández y Juan Francés. Desde el citado puente, subiendo hacia Argés y Layos, funcionaban ocho, sin citarse aún la del Alma. La primera era la del Alfarero, seguida de la del Piojo; la más alejada se llamaba de Pedro Sillas.

Los nombres de estas ventas del siglo XVI aludían a sus dueños o parajes ya olvidados y muy desdibujados por los cambios de propiedad, deslindes u otras causas, como inexistentes son sus vestigios. En el XX, concluiría el primitivo uso de las ventas para convertirse en populares merenderos y en algún afamado restaurante.

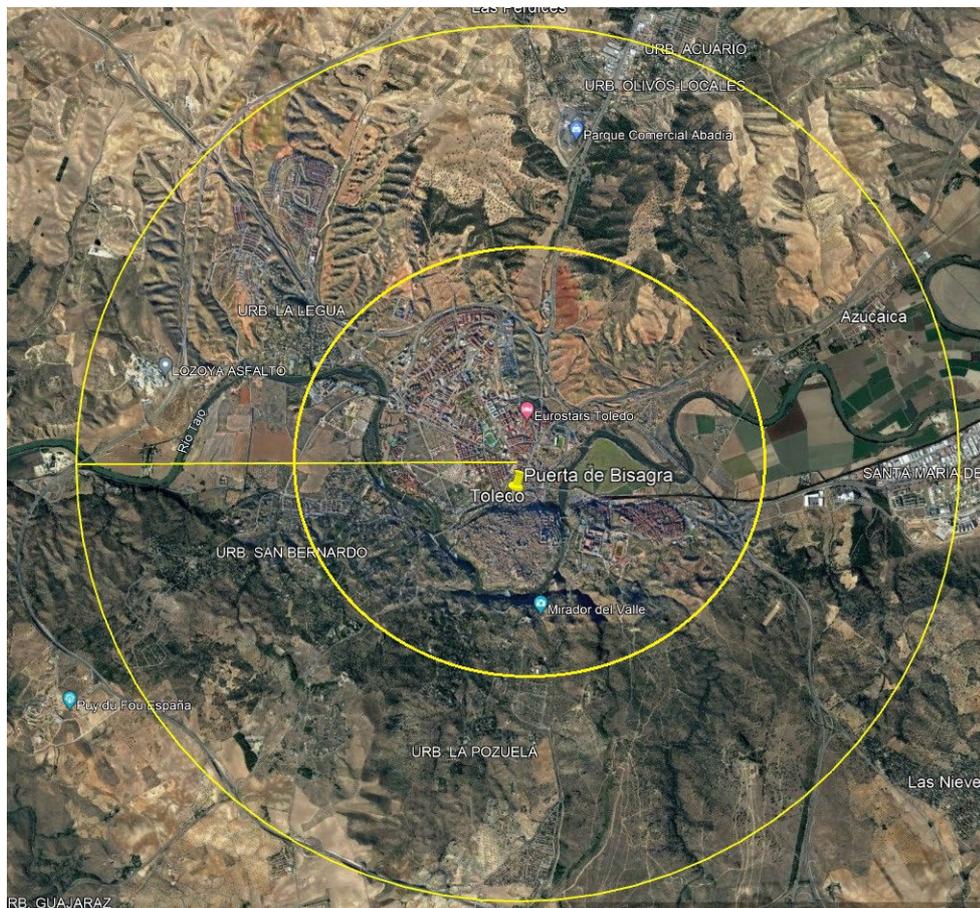
Ricardo Arredondo (1850-1911) dedicó a Pérez Galdós la evocación de una vieja venta extramuros, similar a la del Alma. La casa de la escena, hacia 1922, la transformó en capilla del cigarral El Bosque su propietario. En el lienzo, J.P. Muñoz Herrera (2002) reconoce al propio pintor montado a caballo.



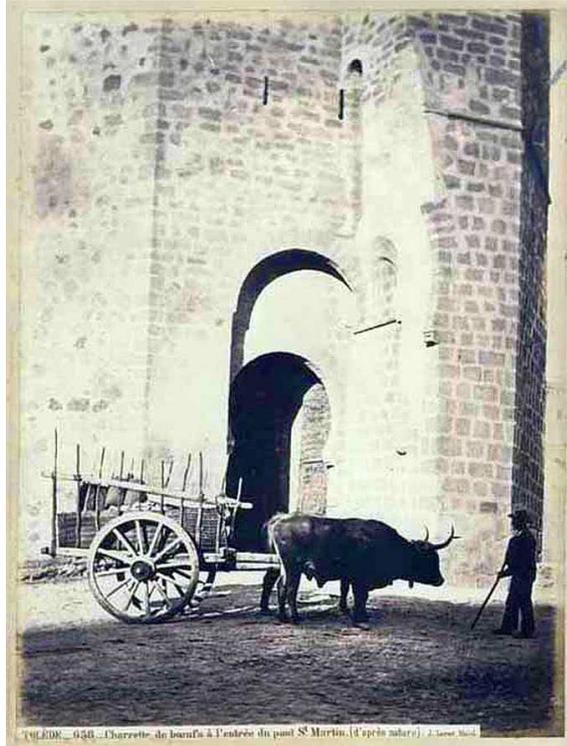
3. La Venta de Santa Ana situada a media legua, junto a la antigua calzada romana y camino de Burguillos, era una de las que no podían servir vituallas libres de alcabalas. Los últimos recuerdos fueron soterrados por la nevada de la borrasca *Filomena* en enero de 2021. La foto se realizó en 2019. RAFAEL DEL CERRO



4. Aproximación del espacio de una legua a la redonda de Toledo desde la puerta de Bisagra. El círculo interior indica un radio de media legua. Imagen Google Eart Pro (elaboración propia)



5. Arriero con su carreta junto al puente de San Martín. En las ventas de este entorno recalaban los carreteros que traían leña, carbones, cal, piedra y otros productos de los Montes de Toledo. Fotografía de J. Laurent (ca. 1870). Archivo Municipal de Toledo



6. Boyeros comiendo al aire libre en las inmediaciones de Toledo junto a sus carros. Fotografía de J. Laurent (ca. 1870). Archivo Municipal de Toledo



7. Recreación de la escena del *Quijote* con el hidalgo ya encantado, abandonando la venta en una jaula acompañado por Sancho, el cura, el barbero y los cuadrilleros con escopetas. Obra de Antonio Pérez Rubio (1822-1888)



8. Grabado de una publicación del siglo XIX. Llegada de un carro a una venta de Sierra Morena. A la izquierda, la puerta de acceso al patio y demás estancias. A la derecha, la fuente para atender a los viajeros y caballerías

